

ENTREVISTA A Jorge Battaglini

SUBSECRETARIO DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE LA DEFENSA NACIONAL
Y EXDIRECTOR DE LA ESCUELA DE DEFENSA NACIONAL



MARTIN SCHIAPPACASSE

“Un modelo progresista de relaciones civiles militares debe partir del respeto irrestricto por los derechos humanos, pasados y actuales”

JORGE BATTAGLINI

Ciencias Sociales -¿Cómo funciona la Escuela de Defensa Nacional?

Jorge Battaglini -La Escuela depende del Ministerio de Defensa, en ella se forman civiles y militares en temas de defensa nacional. Se ofrecen distintos cursos: la maestría en Defensa Nacional, el Curso Superior en Defensa Nacional y la Especialización en Defensa Nacional, todos ellos son gratuitos. Recientemente, la Escuela de Defensa Nacional se ha convertido en la Facultad de la Defensa Nacional “EDENA” dependiente de la Universidad de la Defensa Nacional. Yo estuve a cargo de la Escuela, soy profesor también en la Universidad Torcuato Di Tella, investigador en el Conicet y trabajo temas militares desde hace ya mucho tiempo.

C. S. -¿Cómo podemos pensar el pasado reciente desde el punto de vista de la defensa nacional?

J B -Pensar los cuarenta años de la historia reciente de la política militar y la política de defensa es pensar en algo que se ha convertido en sentido común para la sociedad, que damos por naturalizado, pero que ha sido un enorme logro de la democracia argentina: el haber anulado a los militares como actor político, como ningún otro país de América Latina. Las Fuerzas Armadas están subordinadas al poder político, con el nivel de control civil más alto en toda la región. Es un logro que comienza a construirse en 1983 con la llegada de Raúl Alfonsín a la presidencia, que sufre algunos traspies durante los años noventa y que se profundiza y consolida desde el año 2003. Es un rasgo clave en términos de calidad institucional y lo que distingue a la Argentina actual de la del pasado: los militares están muy alejados de cualquier rol político, incluso ellos mismos han dejado de lado la autopercepción histórica que los definía como árbitros del sistema político. Esto es algo que ya no se discute más en los cuarteles. Son fuerzas armadas profesionales, plenamente comprometidas con la democracia. Y esto se vincula, a su vez, con otros dos aspectos. Primero, con el hecho de que sociedad argentina también es muy democrática en el sentido de que los actores políticos, económicos y sociales más relevantes han abandonado las estrategias de desestabilización

que les daban a los militares un rol protagónico. Entonces, hay un cambio en la sociedad muy importante porque no hay sectores militaristas al tiempo que también hay un cambio al interior de las fuerzas armadas.

C. S. -¿Cómo se dio esta transformación?

J B -Los militares tomaron conciencia del costo que tuvo para la institución desarrollar un rol político de alto perfil. Se han dado cuenta de que su activa participación en política ha sido muy costosa. El presupuesto militar ha experimentado un proceso de permanente declive desde el retorno de la democracia y en la actualidad se ha estabilizado en alrededor del 1% del PBI, el más bajo en Sudamérica. Esto es una clara evidencia de la baja prioridad que tiene la defensa nacional en la política argentina. Y eso tiene que ver con un hecho más general: paradójicamente la defensa ha sido otra víctima de la última dictadura. Me refiero a que el panorama desolador que heredó el presidente Raúl Alfonsín en 1983 condujo a un profundo y persistente divorcio entre la sociedad y todo aquello relacionado con el mundo militar, que ha perdurado hasta la actualidad. Si la sociedad civil había sido definida como “militarista” hasta los años setenta, la experiencia con la última dictadura la volcó al polo contrario, al del antimilitarismo más acérrimo. Es evidente que la defensa, identificada de inmediato con lo militar, no permaneció ajena a esta transformación cultural: fue una víctima menor de semejante tragedia. La sociedad argentina no logró distinguir la defensa de las fuerzas armadas. Por ello, el interés de los políticos por las cuestiones de defensa ha sido muy reducido, no es posible reunir demasiados allí. Por otra parte, las fuerzas armadas han experimentado un importante proceso de democratización interno. Ello fue posible gracias a su creciente participación en misiones de paz o al establecimiento del servicio militar voluntario (SMV). Asimismo, desde el año 2003 se han implementado reformas normativas e institucionales dirigidas a “civilizar” a los militares. En particular, se ha avanzado sustancialmente en la agenda de género al permitir el acceso de la mujer al cuerpo de oficiales sin restricciones por especialidad. La incorporación de la mujer ha tenido ▶



MARTIN SCHIAPPACASSE

► un efecto democratizador al alterar valores, ideas y representaciones muy arraigadas sobre la figura del militar. Además, la implementación del SMV ha promovido cambios en las relaciones de autoridad en el interior de las fuerzas. Ello se debe a que el soldado voluntario tiene el derecho de pedir la baja en cualquier momento de su servicio, lo cual ha favorecido un proceso de distensión en la interacción con sus superiores. Mientras que en el pasado las relaciones estaban fuertemente condicionadas por la rígida jerarquía militar, en los últimos años se fueron tornando más respetuosas y focalizadas en el aprendizaje y trabajo conjunto. Asimismo, la democratización de las fuerzas también fue promovida por su considerable participación en misiones de paz. Su despliegue en zonas de conflictividad interna ha favorecido una mayor sensibilidad hacia valores clave para cualquier democracia como el respeto y la comprensión de la diversidad y la pluralidad cultural, política, religiosa y lingüística. A su vez, la participación ha contribuido a la internalización del principio de subordinación de tres maneras distintas. Los militares argentinos han tenido que ejercer el comando como así también obedecer a oficiales de fuerzas armadas de distintas partes del mundo. Igualmente, han aceptado órdenes de autoridades políticas civiles tanto nacionales como internacionales. Finalmente, se han visto obligados a interactuar estrechamente con militares que poseen una larga tradición de subordinación al poder político

C.S. -¿Por qué se habla de un modelo progresista de defensa que caracterizó a la política kirchnerista?

J.B. -Hablar de progresismo y defensa nacional puede

parecer una contradicción en sí mismo, discutir sobre estos temas desde las ciencias sociales puede representar para cualquier académico la posibilidad de recibir, en el mejor de los casos, el mote de militarista. Sin embargo, es tiempo de intentar reconciliar a la defensa con el ideario de izquierda. La Argentina reúne varias de las características de lo que podría definirse como un modelo progresista de la defensa. Tal modelo tiene cuatro aspectos principales: a) contribuye al fortalecimiento de la democracia; b) promueve la reducción de la desigualdad social; c) favorece la reducción de asimetrías entre los Estados del sistema internacional; d) provee una efectiva defensa nacional basada en una postura defensiva y de proyección de la paz. Una agenda progresista de la defensa no podría ser definida como tal sin un sólido y efectivo control civil democrático de las fuerzas armadas, algo que la Argentina ha logrado con creces. Por otra parte, la reconstrucción de la industria de defensa ha permitido reeditar de manera incipiente el vínculo entre desarrollo y bienestar social, gracias a la creación de empleo de alta remuneración y por los eslabonamientos que genera. Asimismo, el apoyo gubernamental al desarrollo de tecnología militar avanzada contribuye no sólo a la reducción de asimetrías globales, sino que también tiene potencial de derrame sobre la industria civil.

C.S. -¿Por qué el tema de la industria de la defensa sigue pasando desapercibido para gran parte de la sociedad?

J.B. -Efectivamente, hay poco conocimiento acerca de



MARTIN SCHIAPPACASSE

los avances logrados en este plano en los últimos años. La Argentina tiene una larga tradición industrial de la defensa que experimentó primero un proceso de destrucción durante la etapa neoliberal y luego de reconstrucción a partir de 2006. Hablamos de muchos proyectos, entre otros, en las áreas de radares, cohetes, satélites y aviones no tripulados que tienen fuertes implicancias en materia de defensa y que han permitido reconstituir cadenas de proveedores formadas por cientos de PYMES. Se trata de un fenómeno muy importante y poco estudiado.

C.S. -Siguiendo este razonamiento, la estrategia de defensa es parte nodal del desarrollo nacional.

J.B. -No se puede pensar la estrategia de desarrollo de un país sin considerar a la defensa nacional. El desarrollo nacional tiene que incorporar a la defensa. La industria de la defensa es el aspecto donde el vínculo entre desarrollo y defensa se torna más visible y beneficioso para el bienestar general, por su capacidad para contribuir al desarrollo de otros sectores de la economía. Es importante que la izquierda comprenda que la defensa es un área clave de la soberanía nacional, que permite incrementar los márgenes de autonomía para la toma de decisiones. Atribuirle importancia a la defensa nacional no significa olvidar el pasado. Un modelo progresista de relaciones civiles militares debe partir del respeto irrestricto por los derechos humanos, pasados y actuales. Tiene que ser un modelo construido sobre la verdad y la justicia de un proceso de revisión del pasado que aún no ha concluido. No hay modelo progresista sin industria de la de-

fensa y sin una estrategia de defensa vinculada al bienestar general del país. Por último, es clave asignar a los militares un rol tradicional, que es lo que establece nuestra legislación, esto es, enfrentar fuerzas armadas de otros Estados. Cualquier rol que suponga el combate contra el crimen organizado afecta a la defensa nacional. Si los militares se transforman en policías, dejan de ser militares. En un contexto regional donde prevalece la paz y donde la posibilidad de un conflicto bélico entre los países sudamericanos es muy baja, parece imponerse entre los países de la región el siguiente dilema: o se orienta a los militares a la lucha contra el crimen organizado, algo que llevaría progresivamente a la indefensión regional; o se piensa la defensa en el marco de la UNASUR. En un escenario internacional de creciente incertidumbre y de enorme asimetría en el poder militar la defensa regional parece ser la única posible. Es necesario pensar la defensa regional como un escenario ampliado de la defensa nacional, defendernos no *de nuestros vecinos*, sino defendernos *con el vecino* de amenazas estatales extrarregionales. Sin duda se trata de un proyecto ambicioso que choca con la heterogeneidad de las misiones asignadas a los militares de los países sudamericanos, aunque es cierto también que existen en todos los países actores políticos y militares que piensan que la defensa de los recursos naturales puede convertirse en el denominador común que la región necesita para poder avanzar en este campo. Claro que no será algo sencillo de alcanzar, aunque la única estrategia de defensa nacional viable sea la defensa regional. •